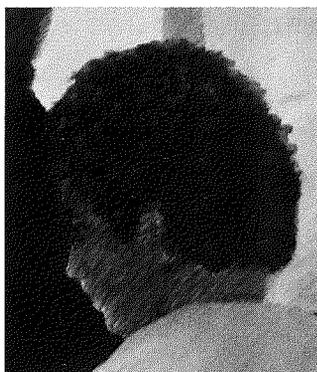


DOS ROSTROS DE LA CULTURA:

De El álbum secreto del sagrado corazón a La virgen de los sicarios

Blanca Inés Gómez B.*



El estudio de las ideologías y mentalidades, producto del desarrollo del concepto de visión de mundo propuesta por Goldmann, arroja hoy nuevas luces para la comprensión de los imaginarios sociales que se establecen en *la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia* (Althusser. En Vovelle, 1995: 8). Estas ideologías no son solamente representaciones sino prácticas y comportamientos conscientes o inconscientes que a manera de índices y huellas anónimas dibujan rasgos de mentalidades, las cuales pueden

entenderse como ideologías "hechas trizas" que al perder el contacto con la realidad de la época son susceptibles de desplazarse o arrastrarse en la corriente temporal como escorias de ideologías muertas.

Los imaginarios colectivos toman su arraigo en la cultura popular donde es posible la convivencia de múltiples mentalidades. En Colombia la cultura popular es la cultura mestiza y mayoritaria como fundamento de la nacionalidad y de la identidad. (Rueda, 1993). Entre

nosotros lo popular conoce pluralidad de formas regionales y de expresiones de los ámbitos rural y urbano que conviven como formas urbanas, las cuales reflejan los cambios que en corto tiempo han transformado la realidad social y cultural del país.

Cultura popular

El sincretismo de los procesos social y cultural determina formas que conviven en simultaneidades y el consecuente abandono de las expresiones artísticas

* Pontificia Universidad Javeriana. Universidad Pedagógica Nacional

como formas que se suceden en el tiempo. Como es ya conocido:

Lo híbrido puede definirse como un rompimiento con la noción de la tradición como acumulación a través del tiempo y como surgimiento de nuevas mentalidades en las que elementos de territorios e historias antes separados pueden combinarse (García Canclini. En Rowe William et Alt, 1991: 239)

De esta manera, en la cultura moderna colombiana sobreviven tradiciones y recuerdos premodernos dentro de nuevos parámetros culturales. En el decir de William Rowe:

La modernidad latinoamericana no es una réplica de la cultura de masas estadounidense o europea sino que posee un carácter distinto que varía de un país a otro. Un importante factor de diferencia- probablemente el principal- es la fuerza de la cultura popular. Es una modernidad que no necesariamente conlleva a la eliminación de tradiciones y recuerdos premodernos, sino que surge de ellos, transformándolos en el proceso (Rowe William et Alt, 1991: 15).

Los objetos culturales populares característicos de la modernidad colombiana integran formas híbridas - cultas y populares- producto de la convivencia de las clases sociales,

ideologías e imaginarios. Las telenovelas, la salsa, la música folclórica, las creencias mágico-religiosas son expresiones que configuran rasgos de identidad manifiestamente populares¹. La creación de nuevas formas sincréticas tales como el rock en español y el rap, como manifestaciones de culturas híbridas foráneas, de aceptación netamente urbana, son expresión de grupos juveniles que encuentran en la calle, como interespacio de confluencias sociales y tensiones contradictorias, el ámbito de "lo otro", de lo no normativizado y por ende de la libertad y de la transgresión.

Ya no es apropiado establecer diferencias precisas entre culturas rurales y urbanas en Colombia no sólo por el incremento masivo de la urbanización en las décadas recientes, sino por el hecho de que los objetos, las normas y prácticas culturales y urbanas se deslizan continuamente entre los diferentes estratos sociales, borrando las fronteras que antes los caracterizaban.

¹ Según Carlos Monsivais: "Existen cinco fuentes principales de cultura popular urbana en Méjico contemporáneo: el cine, los grabados de José Guadalupe Posada, que mezclan costumbres y estilos iconográficos rurales con el mundo urbano; el teatro político, semejante al espectáculo musical; la tira cómica, que desempeñó un importante papel en la promoción del alfabetismo, sobre todo durante la década del 30; el estilo musical asociado, en particular, con Agustín Lara y José Alfredo Jiménez, el cual transforma canciones rurales tradicionales, como el corrido, en producciones disqueras de tres minutos de duración." Citado por Rowe. Pág. 126.

Del país del Sagrado Corazón al de la Virgen de Sabaneta

Producto de esa convivencia cultural son las novelas *El álbum secreto del Sagrado Corazón* de Rodrigo Parra Sandoval y *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, en las cuales la religión "recibida y enseñada" entra en contacto con las creencias mágicas y supersticiosas del pueblo. Esta religión "popularizada" ² que aleja la idea de la trascendencia para centrarse en la vida cotidiana subyace en los universos ficticios. En el recreado por Parra Sandoval, con la carnavalización del símbolo religioso del Sagrado Corazón; y en el de Fernando Vallejo, con la recreación de un ícono mariano que involucra elementos de una tradición religiosa "oficial" con nuevas realidades sociales, donde el sustento cotidiano del individuo y de la familia legitima la cultura de la muerte que se articula a nivel simbólico en la iconografía de la Virgen

de Sabaneta. La novela de Parra Sandoval ficcionaliza para deconstruir la religiosidad y el acartonamiento social de la década del 50, período en el cual la devoción al Sagrado Corazón alcanzó la máxima expresión en nuestra cultura; y la de Fernando Vallejo las dos últimas décadas de la historia reciente del país.

Con relación a la devoción al Sagrado Corazón, que hoy se recuerda en el epíteto sarcástico con el cual nos autodenominamos, como "el país del Sagrado Corazón", podemos traer a la memoria los hechos que rodearon la aparición y vigencia del símbolo. Como lo señala Cecilia Henríquez (En Rueda Enciso, 1993), el culto al Sagrado Corazón es de origen francés y su irrupción en la sociedad colombiana puede fijarse hacia la segunda mitad del siglo XIX. La difusión del símbolo estuvo amparada desde Roma por el Papa Pío Nono; desde entonces el Sagrado Corazón se configura como un emblema político a partir del plebiscito nacional que llevó a la consagración de los Municipios y Departamentos al Sagrado Corazón de Jesús por parte de la Iglesia y con apoyo del partido conservador.

La Iglesia bogotana del Voto Nacional se erigió en 1902, en cumplimiento del voto de construir una basílica en honor al Sagrado Corazón como garante de la paz, hecho que puso fin a la Guerra de Los Mil Días.

² Vovelle retoma el pensamiento de Boglioni para explicar algunas de las definiciones propuestas en la actualidad sobre la religión popular y dice: "En primer lugar se encuentran aquellos para los cuales la religión popular tiene una existencia propia, intangible e independiente de la religión "recibida y enseñada"; es así que Boglioni puede oponer la "religión popular" auténtica a la "religión popularizada", o sea a la que ha hecho penetrar en las capas populares el mensaje cristiano. Entre lo que es el producto de la espontaneidad popular y lo recibido por el pueblo, subsiste la censura y el autor distingue la "historia de la vida religiosa" de la "historia de la vida religiosa del pueblo cristiano" (Vovelle Michele. En Rueda Enciso, 1993: 124).



La devoción al Sagrado Corazón reviste en Colombia un carácter nacional y por mucho tiempo - quizás las primeras seis décadas del siglo - no hubo hogar o edificio público donde su imagen no fuera entronizada. Pero dicho carácter religioso es rebasado por el manejo simbólico y emblemático que adquiere el ícono al asumir el rol cívico de garantizar la paz y el rol político de ser baluarte de la lucha anticomunista, lo cual explica el carácter nacional del símbolo que sobrepasa la lucha bipartidista como quedó confirmado en las elecciones de 1949 cuando el partido conservador quiso hacer suyo el símbolo.

La entronización de la devoción al Sagrado Corazón y posteriormente la devoción a la Virgen de Fátima -imagen también viajera- fueron quizás los últimos vestigios de cultos religiosos que nos venían allende el océano, y que caracterizó la década del 50 como una etapa de gran religiosidad y devoción nacional. Posteriormente la religiosidad adquiere un carácter más local y si la devoción al Sagrado Corazón y a la Virgen de Fátima son fruto de las altas jerarquías eclesiásticas; la religiosidad popular, más cercana a las formas mágicas y supersticiosas, encuentra su manifestación en el incremento de la devoción al Niño Dios del 20 de julio, al Señor Caído de Monserrate, al Señor de los Milagros de Buga, cultos que de alguna manera dan cuenta de nuevas mentalidades mágicas esotéricas al

albergar formas de ritualizaciones basadas en los exvotos³. Estos cultos de origen popular - que podrían calificarse expresión de la "religión popularizada" - fueron ascendiendo en la representación social. Al mismo tiempo, surgieron nuevas formas de religiosidad popular con el advenimiento de una santería cercana al fetichismo (José Gregorio Hernández)⁴, la cual busca dar respuesta a las necesidades sentidas del mundo moderno.

La devoción al Sagrado Corazón (fijada en la memoria colectiva en la reiteración de la jaculatoria por entonces tan en boga como "Sagrado Corazón de Jesús en Vos confío") y a la Virgen de Fátima se difundieron a través de los más importantes medios de comunicación - El Espectador, El Tiempo, El Colombiano- los cuales dieron cuenta de múltiples actos de entronización, celebraciones y homilias con las que la

³ Vovelle, se pregunta: "El exvoto es testimonio de religiosidad "popular". "Y señala que así lo confirma la religiosidad de los siglos XIX y XX, pero que durante el siglo XVIII fueron las élites quienes hicieron mayor uso de los mismos. (En Rueda Enciso, 1993: 138)

⁴ Rowe, William (1991: 191) explica en los siguientes términos el caso de José Gregorio Hernández: "Hernández era un médico que practicaba su oficio en un área rural. Poco tiempo después de su muerte (1919), comenzaron a circular rumores con respecto a gracias obtenidas mediante su intercesión y empezaron a difundirse anécdotas relativas a curas milagrosas efectuadas en su tumba... Sin embargo, su santificación a nivel popular comenzó durante el período en que Venezuela estaba cambiando de una economía basada en el café a otra centrada en el petróleo y, a consecuencia de ello, se acercaba a su fin el aislamiento de las masas rurales".



religión oficial del momento referenció la ritualización de los símbolos religiosos de aquella época. Hasta el punto de que el Papa Pío XII dejó oír su voz desde el Vaticano para referirse a nuestro país como aquél que está consagrado a "aquel Corazón dulcísimo".

Paralelamente a la religión oficial, la religiosidad popular construía sus propios símbolos para dar cabida a realidades inmediatas que encontraban soluciones mágicas en exvotos, operaciones milagrosas y peregrinaciones; a esta nueva dimensión de la religiosidad pertenece la de la Virgen de Sabaneta que llega a instituirse en patrona del sicariato. Si la devoción al Sagrado Corazón fue una devoción masculina en busca de la *paz* del mundo; la de la Virgen de los sicarios, lo fue de la *guerra* del narcotráfico.

El Santuario de Sabaneta representa en la cultura del sicariato la conjunción por una parte, de la crisis económica y el surgimiento del narcotráfico y el enriquecimiento ilícito; por otra, el peso de una mentalidad religiosa anclada en un mundo tradicional, con valores propios de las comunidades rurales, en un ámbito modernizado y urbano.

El proceso histórico de la región antioqueña se ha caracterizado por el fuerte sentimiento de pertenencia local, con referentes de identidad que crean un sistema de integración social y cultural con características sui-generis dentro del conglomerado nacional. En efecto, los usos y normas de conducta social fueron durante la década del 40 determinantes del espíritu público de la ideología paisa empeñada en la transformación del

"montañero" duro e inculto en ciudadano.

La importancia de la clase de urbanidad - dice Jorge Orlando Melo⁵, explica la tarea emprendida por el propio gobernador Pedro Justo Berrío de impartir la cátedra de urbanidad en todas las Universidades de Medellín. Comenta el mismo investigador cómo la acción civilizadora trataba de transformar una población "adicta y pendenciera".

La urbanidad, la religión y el conservatismo fueron los tres pilares sobre los cuales se levantó la sociedad

⁵ Melo, Jorge Orlando. "La ciudad colombiana: progresos civilizatorios". Ponencia presentada en el coloquio Teorías de la cultura y estudios de comunicación en América Latina. 1997 (inédito).

antioqueña, amén del tan socorrido empuje económico que se ha fijado jocosamente en la frase con la cual un padre antioqueño adoctrina a su hijo, "consiga plata mijito, consígala honradamente, pero si no puede, consígala".

La transformación de Medellín es un fenómeno cercano a los procesos de urbanización y de nuevas migraciones, ya no de élites rurales como se dieron en tiempos patricios sino de comunidades pobres:

Cuando en el lapso de 1951 a 1964 se produce un incremento de las migraciones hacia Medellín, ahora ya no de élites provincianas sino de pobladores pobres que empezaron a ocupar espacios marginales de la ciudad mediante el sistema de invasiones y los "barrios piratas", se evidenció que los alcances del modelo eran bastante cortos y su validez muy relativa. De esta manera se fueron formando dos ciudades paralelas, que sólo por la violencia se han reconocido. Entre tanto las élites seguían soñando con la sociedad ideal con otro proyecto de ciudad que no tenía en cuenta a la ciudad informal que crecía hacia el norte (Salazar y Jaramillo, 1996:11).

Este nuevo orden social marca el paso hacia una comunidad matriarcal, que se construye en la ausencia del padre, característica de las sociedades machistas y erige a la Virgen (en su advocación de María Auxiliadora) como símbolo.

Su mitificación es sinónimo de amparo y protección:

Dicen los sociólogos - afirma el narrador de la Virgen de los sicarios - que los sicarios le piden a María Auxiliadora que no les vaya a fallar, que les afine la puntería cuando disparen y que les salga bien el negocio (Vallejo, 1994: 18).

Aquí la religiosidad adquiere una nueva dimensión al entrar en relación con la muerte, la cual está rodeada por una red de enmascaramientos, donde la imagen de la Virgen pierde toda trascendencia porque más allá de la muerte sólo nos esperan "el polvo" y "los gusanos". La Virgen, por lo tanto, tiene el valor de un icono mágico y el uso de su escapulario hace propicia la muerte:

Y quedó desnudo con tres escapularios, que son los que llevan los sicarios: uno en el cuello, otro en el antebrazo, otro en el tobillo y son: para que les den el negocio, para que no les falle la puntería y para que les paguen (Vallejo, 1994: 18).

Medellín se transforma en una ciudad para la muerte, donde se produce una sangría elevada entre las capas jóvenes. Es la generación de los jóvenes "manchados de sangre":

Con eso que les dio a los pobres por ponerles a los hijos nombres de ricos, extravagantes, extranjeros: Tayson Alexander, por ejemplo, o Faber o Eder o

Wilfer o Rommel o Yaison o qué sé yo. No sé de dónde los sacan o cómo los inventan. Es lo único que les pueden dar para arrancar de esta mísera vida a sus niños, en vano, necio nombre extranjero o inventado, ridículo, de relumbrón. Bueno, ridículo pensaba yo cuando los oí en un comienzo ya no pienso así. Son los nombres de los sicarios manchados de sangre (Vallejo, 1994: 9).

La "muerte sufrida"⁶ instaaura en "Metrallo" (Vallejo, 1994: 54) la mortalidad que deja diariamente un "tendal" (Vallejo, 1994: 27) de muertos. Aquí se vive la pulsión pánica de la muerte y la sensibilidad colectiva se crispa ante ella. La desesperación y la duda de Dios gobiernan en el mundo de los hombres:

Hace dos mil años que pasó por esta tierra el Anticristo y era él mismo: Dios es el Diablo. Los dos son uno, la propuesta y la antítesis. Claro que Dios existe, por todas partes encuentro signos de su maldad (Vallejo, 1994: 87).

La palabra social en la novela

Entre los objetos culturales que provienen de formas híbridas, la novela

⁶ Michel Vovelle habla de tres niveles en relación a la muerte: la "muerte sufrida" es el hecho en bruto de la mortalidad. La "muerte vivida" ... es la red de gestos y ritos que acompañan el recorrido de la última enfermedad a la agonía, a la tumba y más allá. Y el "discurso colectivo sobre la muerte" (En Rueda Enciso, 1993: 100-118).

tiene una especial significación no sólo por ser un espacio propicio a la transculturación y como manifestación de la ideología de la clase media, sino por el carácter dialógico del discurso que genera múltiples réplicas, críticas e interrogantes.

La ficción novelesca dilucida pluralidad de facetas de la condición humana⁷, donde la polifonía y su esencia dialógica pueden dar razón de desplazamientos y colisiones de índole social, de tradiciones sociales y de sistemas de pensamiento que no habían tenido otra forma de expresión. El dialogismo de la novela es producto de un mundo en tensión; por lo cual, la forma novelesca se presenta como multilingüe, multiestilística y plurivocal, y como espacio de interacción de múltiples visiones de mundo.

La palabra de la novela - dice Bajtin - (1998: 78-117) debe ser entendida como fenómeno social ... *la vida de la palabra está en los anchos espacios, en las plazas públicas, en las calles, en las ciudades y en las aldeas, en los grupos sociales, en las generaciones y en las épocas.* La palabra de la novela es una palabra viva, por eso el estilo de la novela reside en la "combinación de estilos" y la novela es la "diversidad social del lenguaje."

El ser humano en su inacabamiento e indeterminación, está constituido por

múltiples voces, y por lo tanto mediatizado por mentalidades que como astillas de ideologías conforman el inconsciente colectivo donde se entrecruzan variadas visiones de mundo. La novela nombra el abigarramiento y la indeterminación como escenario de la palabra social y del diálogo.

La reina de corazones

El álbum secreto del Sagrado Corazón y *La Virgen de los sicarios* son novelas donde el lenguaje como práctica social deconstruye el mundo del academicismo y da al traste con la solemnidad retórica y acartonada de la cultura nacional. En estos mundos de ficción se mediatizan los imaginarios sociales como expresión del sincretismo de la cultura popular.

La novela de Parra Sandoval subvierte el mundo para echarlo a andar al revés y mostrar la otra cara, la del ocultamiento y la desacralización. Al focalizar la historia desde el interior mismo de la "religión oficial", ya que el narrador es un seminarista, presenta el as y envés del mundo social, a través del prisma de una conciencia que mediatiza las voces oficiales para deconstruirlas al ingresar al mundo de lo paródico y de lo grotesco en el sincretismo de múltiples formas de la cultura popular.

En efecto, *El álbum secreto* es un collage de textos provenientes de la iconografía de la época (recortes de prensa, viejos álbumes de fotografía), fragmentos de libros sacros, parodias (debates a la manera calderoniana), mimotextos (del

Decamerón, de *La Urbanidad de Carreño*), apartados morales (sobre la formación de los seminaristas), creencias y ritualizaciones religiosas de época (la devoción a Santa Zita, patrona de las empleadas del servicio doméstico, el decreto de la oficialidad colombiana sobre la consagración de la nación al Sagrado Corazón), voces de diferentes clases sociales, música y libros con registros de época y hasta los comics que circulaban por entonces.

Esta polifonía retrotrae el discurso al ámbito del país del Sagrado Corazón, e ingresa al texto a través de variados artificios que acercan el proceso de escritura a las formas de la oralidad primaria. El texto actualiza el lenguaje, los decires, los proverbios, las frases hechas, los malabarismos, los juegos y retahílas que portan las huellas y los esguinces de visiones de mundo de época que atraviesan la discursividad textual. La novela de Parra Sandoval propone una lectura que busca transgredir el orden al carnavalizar un momento de la sociedad colombiana caracterizada, como ya lo dijimos, por una gran religiosidad; si bien es también el momento de la violencia política, y desenmascara la cara oculta de una sociedad en proceso de modernización.

El universo de ficción termina aquí transgrediendo el símbolo del Sagrado Corazón que se transforma paródicamente en reina de corazones. *Y si no crees, hazle una entrevista a la Reina de Corazones, contraparte hipotética del Sagrado Corazón. ¿Consorte al revés?* (Parra Sandoval, 1991: 49).

⁷ Milán Kundera afirma que el valor ético de la novela radica en que descubre una faceta oculta del hombre. (1987)

Los gramáticos y el poder

En *La virgen de los sicarios* el lenguaje de las comunas se instaura como dinamizador del mundo novelesco. El narrador es un gramático amante del buen uso del lenguaje que se regodea en disquisiciones sobre el régimen proposicional pensando en don Rufino de J. Cuervo, (recuérdese el episodio donde se comenta la incorrección de la frase del sicariato: *El pelao debió de entregarle las llaves a la pinta esa*) recurso que alude a los "Presidentes gramáticos".

La cercanía del referente y la asunción del lenguaje del sicariato confieren al discurso la forma documental que se literaturiza al resignificar las simbología religiosa. Los paratextos de la novela que invitan a leerla como: *Parábola donde los seres vivos se convierten en fantasmas y el español en jerga de barriadas*, anuncian desde la carátula el proceso de resemantización de la imaginaria religiosa, en ella la Virgen asciende a la manera de un inmenso globo gracias al impulso de las armas. Un análisis semiótico de las primeras páginas de la novela invita al desciframiento de los íconos religiosos que se entretrejen con los símbolos patrios:

Y eso lo constaté - dice el narrador - la tarde que elevamos el globo más grande que hubieran visto los cielos de Antioquia un rombo de ciento veinte pliegos inmenso, rojo, rojo, rojo para que resaltara sobre el cielo azul... y el globo se va yendo palpitando, como el Corazón de Jesús. ¿Sabes quién es? Nosotros teníamos uno en la sala, en la sala de la casa de la calle del Perú de la ciudad de Medellín, capital de Antioquia; en la casa en donde yo nací,

en la sala entronizado o sea (porque sé que no van a saber) bendecido un día por el cura. A él está consagrado Colombia, mi patria. El es Jesús y se está señalando el pecho con el dedo, y en el pecho abierto el corazón sangrando: goticas de sangre rojo vivo, encendido, como la candileja del globo: es la sangre que derramará Colombia ahora y siempre por los siglos de los siglos amén (Vallejo, 1994: 9-10).

Al llegar a este punto nos es posible recorrer el camino de la búsqueda: partimos de un objeto híbrido, expresión de la cultura popular: la novela, para detectar algunas relaciones imaginarias de los colombianos con sus condiciones reales de existencia centradas en las mentalidades religiosas. Las novelas ficcionalizan períodos históricos de especial significación en la historia de la violencia reciente del país. Para acceder a las obras de ficción rastreamos la interdisciplinariedad de los discursos sociales inscritos en los textos, partimos de una nueva valoración de la obra literaria que considera que: "la literatura está más allá de los textos" y por ende de la crítica literaria que apunta a rebasar los registros hermenéuticos en aras de inscribir el texto en los índices múltiples de los Estudios Culturales.

Al poner en relación dos novelas donde la religiosidad es mediatizada por el lenguaje, se avizoran huellas de ideologías hechas trizas y pulsamos la realidad de una país que transformó el ícono del Sagrado Corazón como baluarte de la paz, en la Virgen de los sicarios, símbolo de la guerra y de la llamada cultura de la muerte.



Bibliografía

- ALTHUSER, Luis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. La Pensée. Junio de 1970. Citado por Vovelle Michel. *Ideologías y mentalidades*. Barcelona: Ariel 1985.
- BAJTIN, Mijail. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989.
- KUNDERA, Milán. *El arte de la novela*. Barcelona: Tusquets, 1987.
- PARRA SANDOVAL, Rodrigo. *El album secreto del Sagrado Corazón*. Bogotá: Plaza y Janés, 1991.
- ROWE, William y SHELLING, Viviana. *Memoria y modernidad. Cultura popular en América Latina*. Méjico: Grijalbo, 1991.
- RUEDA ENCISO, José Eduardo. *Los imaginarios y la cultura popular*. Bogotá: Cerec, 1993.
- SALAZAR J., Alfonso y JARAMILLO, Ana María. Medellín. *Las subculturas del narcotráfico*. Santafé de Bogotá: Cinep, 1996.
- VALLEJO, Fernando. *La Virgen de los sicarios*. Santafé de Bogotá: Alfaguara, 1994.